

Cinéfilos, cinépagos y cinemaníacos I

(A propósito de un libro de Jesús Palacios)

Javier González Fernández

El escritor y crítico de cine Jesús Palacios publicó en Espasa en el año 2006 un libro con un título provocador: *¿Qué debes saber para parecer un cinéfilo?* En esta reseña explicaré los que son, a mi juicio, los puntos fuertes y débiles de aquél. En líneas generales considero que las críticas pueden analizarse conforme a las siguientes perspectivas:

- a) Crítica falaz e impertinente a la totalidad del proyecto (del libro).**
- b) Crítica pertinente a contenidos concretos del proyecto que no afectan a la totalidad.**
- c) Crítica pertinente a contenidos concretos del proyecto que sí afectan a la totalidad.**
- d) Crítica pertinente a la totalidad del proyecto que cuestiona muy gravemente la calidad y viabilidad de éste.**

Evidentemente, la importancia de las críticas va aumentando conforme avanzamos desde el apartado “a” hasta el “d”. Antes de pasar a la primera voy a justificar el título de la reseña recogiendo las palabras en las que el propio Jesús Palacios se refiere a la taxonomía mencionada:

“ El cinéfilo, que ama el cine, no tiene tiempo para otros amores. El cinépagos, que lo devora, lo hace al tiempo que se alimenta. Y luego aparece el cinemaníaco, mezcla de ambos, que intenta devorar cine sin poder digerirlo. Tampoco es una buena alternativa. Extremos que se tocan, el cinemaníaco ve todo el cine que puede y más sin criterio, mientras que el cinéfilo antepone sus criterios a todo el cine que ve, pero ambos viven el cine como un mundo aparte, limitado, que les separa del resto de la vida y de los seres humanos. Entre tanto, el cinépagos se alimenta de todo el cine, y mientras lo digiere y deglute, le saca el máximo provecho, paladeando cada guiso en su justa medida, casa sabor cuando lo desea y cada plato en su momento.”¹

¹ .- Jesús Palacios, *¿Qué debes saber para parecer un cinéfilo?*, Espasa, Madrid, 2002, pp. 12-13.

Evidentemente, a nuestro autor le gustan las metáforas gastronómicas. Aunque es una cuestión trivial, el término escogido para designar la postura más deseable ante el cine (cinefagia) nos parece, sinceramente, algo grosero. En español, el sufijo *-fagia* suele añadirse a sustantivos muy determinados (antropofagia, aerofagia..., en fin). – *Fagia* remite a *fago* y éste al griego *phágomai*, que significa comer, devorar. Nos parece que si pretende ensalzarse la figura de un espectador competente y selectivo frente al cinéfilo (obsesivo con el criterio) y frente al cinemaníaco (consumidor compulsivo de cine sin criterio alguno), llamarle “cinéfago” (devorador de cine) es muy poco adecuado. No se puede devorar y degustar al mismo tiempo. Si se pretende promocionar a un verdadero *gourmet* del cine debería haberse buscado otro término. Cuestión de estilo.

Crítica falaz e impertinente a la totalidad del proyecto (del libro)

La crítica popular, simple, facilona a un proyecto como éste consiste en considerar que el proyecto como tal (que sea más importante *parecer* que *ser*) es un proyecto presuntuoso e ilegítimo. Aquí topamos con la distinción tan querida por la moralina doméstica entre *parecer* y *ser*. La moralina en cuestión da por supuesto, sin atisbo alguno de duda, que *ser* y *parecer* son cosas distintas (sin perjuicio de que puedan darse juntas) y que “*el ser algo*” es más importante que “*parecer ese algo*”. La explicación suele completarse con ejemplos elementales del tipo: “no es lo que parece”, “ parece buena persona, pero en el fondo es un malvado”, “es simpático, pero a primera vista parece hosco y distante”, etc. En definitiva, y sin falta de ser un experto en Lógica, todos sabemos que dos elementos pueden combinarse de cuatro maneras. En nuestro caso: “que algo sea y lo parezca”, “que algo sea y no lo parezca”, “que algo no sea y lo parezca” y que “algo no sea y no lo parezca”. Jesús Palacios habría escrito un libro buscando adiestrar a un lector en la tercera opción, a saber: cómo parecer un cinéfilo sin serlo realmente. Y este propósito, juzgarían los censores moralistas, es inaceptable.

Ahora bien, la pareja de términos “ser” y “parecer” nada tiene que ver con parejas de otro tenor tipo “ser profesor de química” y “tocar el piano” o “vestir ropa de marca” y “ defender a la clase obrera”. En estos dos últimos ejemplos los términos que

entran en juego son semánticamente diferentes y pueden combinarse de las cuatro maneras antedichas. En el caso que nos ocupa (“ser” y “parecer”), y, salvo que no hayamos superado viejos resabios metafísicos y moralistas o hagamos ejercicios de pura retórica, hay que admitir que estamos ante términos materialmente indistinguibles. Es decir, no se puede ser (cinéfilo, por ejemplo) sin parecerlo por la sencilla razón de que “el ser”, para ser realmente un “Ser”, más que una “Nada”, necesita concretarse, necesita “operacionalizarse”, necesita algún tipo de manifestación conductual y empírica. En consecuencia, quien parece un cinéfilo es porque es realmente un cinéfilo y el conjunto formado por los cinéfilos que no lo parecen es un conjunto vacío. Otra cosa distinta es hasta qué punto Jesús Palacios haya conseguido en su libro que el afortunado lector parezca (sea) más o menos cinéfilo.

Crítica impertinente a contenidos concretos del proyecto que no afectan a la totalidad

En un libro como éste, que contiene un centón de datos de todo tipo (directores, actores, películas, anécdotas...), es muy difícil que su autor evitara, y de hecho no lo evita, la manifestación sistemática de fobias y filias de todo tipo. Esta circunstancia está favorecida además por la propia estructura del libro, cuyos capítulos se encadenan a partir de sucesiones de preguntas y respuestas, lo que hace su lectura muy ágil y amena. En principio, la constante manifestación de afectos y desafectos no supone demérito alguno, salvo que carezca –y desgraciadamente carece– de una característica clave que mencionamos en el último apartado de esta recensión.

Sin necesidad de llegar aún a este punto no podemos dejar de aludir a alguno de esos desafectos que nos ha llamado poderosamente la atención. Nos referimos, por ejemplo, en el empeño de Jesús Palacios en negar “la españolidad” de nuestro conspicuo Luis Buñuel: “Punto y aparte, naturalmente, merecería Luis Buñuel (1900-1983)... si se nos ocurriera considerarlo español” (pág. 69). Nuestro autor parece vincular más al genio de Calanda al país galo por la razón –ciertamente trivial– de que allí fue concebida y sobre todo costeada buena parte de su producción. Ahora bien, desde nuestro punto de vista cabría considerar español a Buñuel aunque toda su filmografía hubiera sido producida con capital francés y, más aún, aunque el mismo Buñuel hubiera

nacido en pleno barrio de Montmartre en París. Lo que adscribe a un artista y a una persona en general a un país no es el hecho –secundario en una perspectiva filosófica– de que haya nacido o no en él sino el de que entronque con una tradición cultural u otra. En ese sentido, Buñuel es español no porque haya nacido en la españolísima Teruel sino porque todo su cine está empapado de referencias y de connotaciones arraigadas en nuestra tradición cultural. Frente a la tradición cervantina, ortodoxa y prístina, hay una línea perfectamente rastreable en nuestra tradición cultural que conecta a escritores como Quevedo o a pintores como Goya con cineastas como Buñuel (también Almodóvar) o escritores como Valle-Inclán. Buñuel es pues español por vocación, más que por nacimiento, y lo que resulta accidental es que encontrara mecenazgo entre los franceses u otros. Dejamos para la segunda parte de este artículo los otros dos apartados críticos con una breve indicación de los asuntos que en ellos se abordarán.

Crítica pertinente a contenidos concretos del proyecto que sí afectan a la totalidad

- Insistencia excesiva en el cine americano
- Contradicción entre la importancia concedida al cine japonés y la escasa atención prestada.

Crítica pertinente a la totalidad del proyecto que cuestiona muy gravemente la calidad y viabilidad de éste

- ¿Conseguirá quien lea este libro parecer realmente un cinéfilo?
- Ausencia de criterios filosóficos profundos en la selección de directores, autores o cines.